



NOTAS SUELTAS

POR

Miguel de Unamuno

CUENTA nuestro ya conocido P. Astrain, S. J. (*H. C. J.*, tomo I, lib. II, cap. XVII, pág. 12) que estando disputando el P. Lainez, jesuita, segundo general de la Compañía y de linaje judío, con el P. Melchor Cano, dominico, «calurosamente más de dos horas, por fin Lainez, mohino de ver en su contrario tanta obstinación, echó a Melchor Cano donde suelen echar los españoles a quien les fastidia demasiado, se levantó y se fué».

Aquí se ofrece un problema crítico a la escrupulosa investigación histórica (y no se olvide que si la historia es ciencia, arte o filosofía la investigación histórica, la heurística; es, ¡oh! técnico!). Los españoles a quien les fastidia demasiado suelen mandarle a la m... *le mot de cambronne* que dicen los franceses, o *la fa* como se le llama en Bilbao, pero suelen mandarle también a la p... o... pulsera. (Por cierto el pudibundo Diccionario de la Academia que preside Maura trae la voz en el sentido de pulsera, acabada en e y no en a, y aún podría añadir que significa puño de camisa) ¿A dónde, pues, le echó el P. Diego Lainez, S. J., al P. Melchor Cano, O. P.?

En cambio el H. Gil, de Asís, el compañero de San Francisco, cuando una vez le atacó en Asís un teólogo con sus torpedos silgísticos aguardó a que el técnico acabase sus conclusiones y entonces sacando de los pliegos de su sayal una flauta le contestó con una rústica melodía.

A nosotros, que no somos investigadores de historia, el argumento de la flauta del H. Gil F. M. nos parece más decisivo que el argumento de retrete—o de lo que fuese—del P. Lainez, S. J., aunque menos técnico y acaso menos teológico. El H. Gil era al fin y al cabo un ignorante—un *idiota* habría él dicho de sí mismo—pero tocaba la flauta. Y hay argumen-

taciones a las que sólo con la flauta se debe contestar. Y es a la vez algo así como cuando David le tocaba el arpa a Saul, el rey, para aplacarle.

Flauta, flauta, mucha flauta nos hace hoy falta en España.

Hemos vuelto a leer el aureo librito del doctor D. Felipe Sardá y Salvany, presbítero—q. d. D g.—*El liberalismo es pecado* y nuestro espíritu se ha visto libre de una abrumadora pesadilla. Porque a pesar de nuestro buen amigo D. Amós Salvador, que conserva el morrión y asistió a la tertulia de D. Baldomero, el ex Regente, íbamos creyendo vivir en un mundo de fantasmas, trasgos, duendes y estantigua.

El Sr. Sardá y Salvany, como hombre formado en la rigurosa disciplina del método teológico empieza su tratado demostrando—¡sí lo dice él—que «existe hoy algo que se llama liberalismo». «Los periódicos y asociaciones y Gobiernos suyos—dize—se apellidan con toda franqueza *liberales*; sus adversarios se lo echan en rostro, y ellos no protestan, ni siquiera lo excusan ni atenúan.» Y añade: «Hay, pues, en el mundo actual una cierta cosa que se llama *Liberalismo* y hay, a su vez, otra cierta cosa que se llama *Antiliberalismo*.» Dos ciertas cosas. ¡Aunque cosas poco ciertas las dos! Y más adelante agrega: «Queda, pues, demostrado que cuando ratamos de liberalismo y de liberales no estudiamos seres fantásticos o puros conceptos de razón sino verdaderas y palpables realidades del mundo exterior.»

Y aún así... ¡Lo que es el hábito de la incredulidad! Acostumbrados a oír que desde el púlpito se nos diga: «queda, pues, evi lentamente demostrado que...» por si no lo habíamos conocido y como lo de aquel pintor que a





su pintura añadió: «¡sto es orgullo!», aún nos resistíamos a creer que el señor marqués de Alhucemas, pongamos por caso ese liberal, fuese algo más que un ser fantástico o puro concepto de razón. Porque en cuanto al conde de Romanones será o no será liberal, pero de fantástico nada tiene y menos aún de concepto de razón ni puro ni impuro. El conde de Romanones es verdadera y palpable realidad del mundo exterior.

Pero procedamos adelante con el áureo librito. Mas antes, ¿cuándo se escribió ese antaño tan sonado catecismo? En 1884. Hace, pues, treinta y cinco años. ¡treinta y cinco años! Don Amós era aún pollo aunque con espolones. ¡Treinta y cinco años!

Volveremos a este tema y al áureo librito.

Entre las frases más absurdas que se están poniendo en moda se halla la de «hacer patria». Así como quien hace zapatos o como quien hace el ejercicio. Y lo peor es que los que más la traen en boca, a falta de otra más clara, más concreta y más nacional, dan al concepto de patria un cierto sentido no ya místico sino apocalíptico y hasta cabalístico.

Una nueva y terrible superstición y al servicio de ella una nueva y terrible laquisición.

Desprecio, ¿eh? ¿Despacio? Odio, odio y miedo; odio y miedo a la inteligencia y no a otra cosa.

Una de las armas de guerra es el engaño. Un caudillo trata de engañar a su adversario; la estrategia exige muchas veces la mentira. El espionaje y el contraespionaje van contra la mentira. Y se enseña que es lícito engañar al enemigo, que es lícito mentir. Los oficiales tudescos han probado, con su conducta, cómo consideraban lícito el perjuicio cuando iba contra el enemigo. Han mentido y han faltado soberanamente a sus promesas de honor. Y hasta aquí mismo, en España, al fugarse algún submarino.

Si estamos, pues, todavía en estado de guerra ¿qué extraño tiene el que los técnicos de ella empleen una de sus armas? Negarán los hechos más evidentes y los negarán hasta con juramento, cuando a sus fines les converga. Porque la fórmula atribuida a los jesuitas de que el fin justifica los medios, es una fórmula genuinamente militar.

Lo que James Kendall Cosmer, en su libro sobre el resultado de la guerra de Secesión norte americana —*Outcome of the civil war 1863 1865*— dice de la oposición entre el soldado y el periodista fundándose en que aquel opera con el engaño, o sea la mentira, y éste necesita de la publicidad merece más detenido comentario. Por hoy baste decir que la civilidad es publicidad y que la estrategia, sea en tiempo de paz o en tiempo de guerra o en tiempo de revolución—como el actual en España— es clandestinidad y es engaño y es mentira.

Pero las lanzadas de luz pueden más que las de hierro.

